

1968:

LA MIRADA DEL DINOSAURIO

EDUARDO OBESO

Lo que, en 1968, se fraguó entre olor a sándalo y lluvia de adoquines continúa, tras el puñado de años transcurrido, alimentando nuestra perplejidad. Veinte años nunca son veinte años; son, por el contrario, muchísimos años más, o menos. Esta es la razón por la que algunos individuos con apariencia adolescente tengan, en realidad, un siglo, siglo y medio, o incluso más, como es científicamente perceptible en gran parte de nuestra juventud. Al fin y al cabo, el Tiempo Objetivo, que tan irritantemente trocea nuestra vida, es (aparte de un vicio británico) un invento de los suizos para fomentar su industria relojera; y sobre esta inmensa broma reposa, merecidamente, su prestigio nacional. Desde nuestra perspectiva actual, el sesenta y ocho está a muy pocos metros de la Era de las Cavernas. Las Ideas que, querámoslo o no, diseñan nuestro presente apenas tienen nada que ver con las incendiarias consignas que aquellos valerosos abanderados del 68 restregaron, con rechifla y con enfado, en las narices mismas del Sistema. El sesenta y ocho entra, pues, en el ámbito estricto de la arqueología. Por estas fechas casi todos los excombatientes se han apresurado a hacer balance; no sólo el espíritu ha encanecido y es preciso, ahora que todavía se está a tiempo, hacer constar que uno también estuvo allí. Que uno, en definitiva, también hizo historia. Pero que nadie se alarme, por favor; el lastre subversivo de *Mayo del 68* es perfectamente inocuo: lo prueba el carácter oficial de la conmemoración.

Hay una cosa que me intriga: ¿es legítimo ese vampirismo histórico que propicia, y hasta hace aconsejable, el goteo del tiempo? Cuando un acontecimiento pasa al ámbito doméstico de la mitología y se incorpora a la memoria colectiva, ¿deja de ser patrimonio exclusivo de quienes lo sudaron? ¿Se «desprivatiza»? Si esto es así, el sesenta y ocho nos pertenece a todos. De la misma manera que nos pertenecen, por ejemplo, el primer garbeo lunar de Neil Armstrong, los ocho metros noventa de Bob Beamon, las infatigables persecuciones de Tom y Jerry, o las nalgas de la Marilyn. Así pues, podemos hurgar en la escombrera del pasado con absoluta impunidad. Es tan nuestro, al menos, como de los fantasmas que lo habitaron y lo amueblaron con sus deseos fantasmáticos.

Para quienes se esfuerzan por dar una explicación cabal del pasado, *Mayo del 68* constituye, todavía, un desafío. Los sociólogos, los historiadores y otros profesionales de las ruinas, se devanan los sesos con desigual fortuna. Aunque todos coinciden al distinguir las dos principales vertientes de

SALAIRES LEGERS



CHARS LOURDS



REVOLUTION CULTURELLE CONTRE

UNE SOCIÉTÉ DE



Mayo (la estrictamente marxista-leninista y la libertaria), discrepan, en cambio, cuando analizan qué ocurría entre bastidores inmediatamente antes de que se alzara el telón. El agujero teórico que intentan clarificar es éste: ¿figuraba *Mayo del 68* en el programa, o no? Unos sostienen que Mayo era inevitable, otros subrayan su carácter espontáneo, y otros, finalmente, hacen equilibrios entre el absurdo determinismo de los primeros y la miopía de los segundos. Hubo, ciertamente, una serie de circunstancias que favorecieron los acontecimientos de Mayo (y, entre ellas, una muy importante, a saber, la relativa bonanza económica que paladeaba, con autocomplacencia, la sociedad occidental), pero inferir de ellas su necesidad es, sencillamente, obtuso. La idea hegeliana de la Historia como Necesidad es la falacia con la que todos los tiranos legitiman, y hacen honrosas y edificantes, sus carnicerías. En resumidas cuentas, la vida se había vuelto insulsa, y la atmósfera de las madrigueras burguesas era cada vez más mortecina, más sofocante. O al menos, eso decían. ¿Quién había enjaulado el Placer? ¿Dónde estaba la Poesía? ¿Y el Juego? ¿Y la Magia? ¿Y la Solidaridad? Herbert Marcuse, que había acuñado el término «sobre-represión», halló una audiencia sorprendentemente numerosa, joven y receptiva. La buena nueva se difundió a la velocidad de la luz. ¡Había que erotizar la vida! En consecuencia, se sublevó la razón, se sublevaron las vísceras y se sublevaron las entrepiernas, mientras los ciudadanos biempensantes perdían la compostura y los jerifaltes del Sistema se rascaban la nuca y se preguntaban, atónitos, qué demonios habían hecho mal.

También en el 68, el Mercado (Esa Merienda De Negros) descubrió lo juvenil como concepto, y la juventud como colectivo de potenciales consumidores. El ganado era abundante y las posibilidades comerciales que ofrecía, inimaginables; muy pronto se comprobó que vender imagen joven era sinónimo de rentabilidad. La cosa, en efecto, funcionó. Y funciona, funciona. Sirva esto como ejemplo: casi la totalidad de spots televisivos están poblados por jóvenes cuya pose desenfadada y rabiosamente alegre es directamente proporcional a la cretina autocomplacencia que destilan. ¡Qué marginados, qué humillados se han de sentir quienes han tenido la osadía, o el despieste, de llegar a los cuarenta! El Mercado les ha desahuciado. Son los jóvenes, esto es, los más insolventes del Sistema, quienes paradójicamente, lo engordan.

Si deambulamos, con alguna curiosidad, por los textos, discursos y consignas que arrojaron ideológicamente los movimientos del 68, constataremos cómo han envejecido, y

hasta qué punto fueron ambiciosos. La totalización de sus propósitos (pues de lo que se trataba era de transformarlo todo, el Todo) se nutría de la nostalgia por un mundo verdadero; éste fue, quizás, el núcleo del sesenta y ocho, como lo ha sido, en realidad, de casi todo. Por lo menos, hasta el advenimiento (feliz) de la postmodernidad. El Sistema ha reciclado a no pocos de aquellos revoltosos y visionarios. Aún más, muchos de los más recalcitrantes defensores del totalitarismo tecnológico que actualmente disfrutamos, e incluso muchos de sus carceleros, están reclutados entre los despojos del 68. Son los mismos que, con entusiasmos de psicópata, sentenciaron que el capitalismo chocheaba, que había entrado en su fase terminal, y que la emancipación, esto es, la abolición de la alienación política y económica (léase Jauja), estaba a la vuelta de la esquina. Venía de la mano de los camaradas Marx, Lenin, Mao y sus acólitos. Se equivocaron. La crisis económica del 73 se rió en las mismísimas barbas de Marx (y, quién lo iba a decir, también en las de Keynes), zarandé, dispersó, menguó los movimientos de tendencias izquierdas que habían sobrevivido al 68, y, en fin, trituró literalmente a los Partidos Comunistas.

Naturalmente, quienes protagonizaron o fueron espectadores de los disturbios de Mayo, tuvieron una conciencia fragmentada e imprecisa de lo que acontecía. Pues bien, hace tiempo que se apagaron los furros revolucionarios, y los rescoldos, y hace tiempo que vientos postmodernos barrieron las cenizas. Es ahora, presumiblemente, cuando es posible una visión global de *Mayo del 68*. Ahora bien, ¿son, veinte años, suficientes años? O más brutalmente, ¿es siquiera concebible una visión global, totalizadora, de *Mayo del 68*?

La memoria es una formidable embustera. Esta afirmación es, en realidad, menos inocente de lo que aparenta. Si la memoria es un mecanismo distorsionador del pasado y es, simultáneamente, la herramienta con la cual nos apropiamos de él, sólo se puede hablar, en rigor, de una aproximación o, a lo sumo, de una interpretación del pasado. Podemos, si nos apetece, recurrir a formas más sofisticadas de la memoria (histórica). Sospecho que bucear en una hemeroteca (o en una filмотeca) debe ser una experiencia estimulante y, a la vez, desoladora. He ahí todo el pasado, o una porción de él, escrupulosamente archivado. Pero no nos engañemos. Quien desempolva, por ejemplo, un periódico del 5 de mayo de 1968, apresará el pasado como pura negación; la marchitada e imposible actualidad de esas páginas es, justamente, lo que sanciona cada una de las palabras del periódico que hemos hojeado esta mañana mientras sorbíamos un café. El presente determina el ángulo de la mirada; pero, asimismo, está condicionado por el sujeto que mira, quien, a su vez, lo está (entre otras muchas cosas) por la cantidad de adrenalina que segrega. Por otra parte, las hemerotecas, las filмотecas y los museos históricos, esos pulcros basureros en los que el pasado es sometido a un encarnizado tratamiento taxidérmico, tienen una afinidad no casual con los cementerios.

Veamos; la acumulación de datos, ¿nos brinda o aproxima a esa visión global del pasado? Si reunimos los jirones, los ordenamos y anudamos, si, en suma, completamos el círculo, entonces el pasado surge como narración. Se trata de una visión cerrada, pero en modo alguno omnímoda. La imparable bibliografía acerca de *Mayo de 68* es un síntoma evidente de la imposibilidad de esa visión totalizadora. La Narración Única, o Metanarración, excluye (por definición) esa marrana promiscuidad de narraciones. Más aún, la Narración Única es privilegio del Altísimo. Pero apeémonos, deprisa; toda esa morralla teológica la hizo puré, el siglo pasado, un alemán bigotudo y soberbiamente audaz.

Esta es la trampa: la narración del pasado se nos presenta como el pasado, pero no lo es porque es, ya, otra cosa. De la misma manera que la osamenta de un dinosaurio no es un dinosaurio, ni siquiera la esencia de un dinosaurio o su representación ontológica. La osamenta (seamos francos) nos importa una higa. Lo que de verdad (de verdad) nos tienta, y esto es un misterio, es su mirada, la mirada del dinosaurio.

¡La mirada del dinosaurio! El dilema, correctamente formulado, es el siguiente: si no es factible el pasado más que de una forma ortopédica, ¿es posible, al menos, revivir el es-

piritu que animó lo que pasó? El espíritu es la mirada del dinosaurio. Como es escurrizado y caprichoso, para atraparlo es preciso buscarlo allí donde ha cristalizado, a saber, en la producción artística. Unos versos, una melodía, unos garabatos sobre un lienzo, no son objetos, pero también son objetos; son, digámoslo así, materializaciones del espíritu. Y esto, comúnmente admitido, requiere, sin embargo, un discreto acto de fe. El espíritu, no obstante, es escandalosamente bromista, y lo mismo puede objetivarse en unos hierros estrangulados que en la pirueta de un bailarín.

El Espíritu del sesenta y ocho anduvo demasiado tiempo atareado en los gestos y, sobre todo, en que esos gestos fueran espontáneos. Quizás por esto, no dio a luz obras artísticas decisivas. Las formas que encarnó, relativamente modestas, fueron subsidiarias de un proyecto; lo que importaba era demoler la sociedad burguesa y su ñoña y perversa racionalidad. La así llamada contracultura y sus ramificaciones underground, velozmente engullidas por el Sistema e incorporadas al fárrago mercantilista, hay que ubicarlas en ese propósito dinamitero y utópico. Bien; escojamos, al azar, algún fósil del muestrario. Por ejemplo, una canción de Bob Dylan, un grafitti anónimo, un poema de Allen Ginsberg. Vayamos a las tripas del asunto: ¿nos reconocemos en ellos? ¿Significan, hoy, lo mismo? Es difícil no sobrecogerse, no sentir un calambre al leer, por ejemplo, «seamos realistas: pidamos lo imposible», pero los jóvenes que, con sus pullóveres y sus macutos, marchaban hacia la Sorbonne aquella bulliciosa primavera, sentían, desde luego, otra cosa. Una distorsión semejante padecemos con el poema de Ginsberg o la canción de Dylan: nos sorprenden, nos conmueven o, sencillamente, nos dejan fríos, pero se trata de otra sorpresa, otro cosquilleo, otra indiferencia. En resumen: en la mirada del dinosaurio hay un equívoco fulgor. Podemos rastrear el Espíritu del sesenta y ocho en sus variadas manifestaciones, pero somos nosotros quienes lo moldeamos en nuestra búsqueda y quienes, en definitiva, lo inventamos, lo imaginamos. La mirada del dinosaurio, ¡es nuestra mirada!

Miguel Morey, en su admirable «Camino de Santiago», desmenuza los fantasmas de su generación, la generación que dejó el pellejo, heroicamente, en la juerga del sesenta y ocho. El libro es híbrido, es lúcido, es desgarrador; no en vano Miguel Morey fue un genuino sesentayochista que ha aprendido, asombrosamente bien, que lo nuestro es el naufragio (y que la cosa, señores, no tiene remedio). El libro mezcla la reflexión filosófica, el relato, el monólogo y la poesía. Y, cosa rara, no se transparenta la más mínima pretenciosidad en el esfuerzo; sorprende, por el contrario, su naturalidad. Según Morey, el sesenta y ocho fue una peregrinación en pos de los Santos Lugares: el Conocimiento (y sus secuaces los libros), el Amor y, fronterizamente, la Psicodelia. La promesa de un Mundo, y la ilusoria seguridad que proporciona habitarlo, espolé a aquellos jóvenes y los puso en camino. Pero, vaya por Dios, los Santos Lugares no eran lo que aparentaban ser y, tras un breve escaqueo, exhibieron, impúdicamente, sus vergüenzas, su aplastante esterilidad, su incompetencia. Ese fue, más o menos, el itinerario. Pero un momento, señores; ¿podemos admitir, seriamente, que fue ése el itinerario? Morey no se engaña; sabe que su narración es una farsa, un sueño; y sabe (como Cioran) que quien dice «nosotros» es un necio. La conclusión, no podía ser de otra manera, es estremecedora pero extrañamente reconfortante: que estamos rotos. Que únicamente somos capaces de capturar «tiempos, ritmos, velocidades», y que cuando la memoria los hilvana fabrica una mentira. Que nuestra percepción de *Mayo del 68* es tan brumosa como lo fue, hace dos décadas, la de quienes participaron o no.

Pues nada, aquí estamos, chapoteando en el eclecticismo fofo de la postmodernidad y las gracias pasmosas de un neoliberalismo de opereta. El espectáculo es desconsoladamente trivial, y los vasallos, en el patio de butacas, aplaudimos con bobalicona complicidad. Estimo yo que lo más apreciable de *Mayo del 68* fue su insolencia; con la extinción de esa insolencia la sociedad occidental ha perdido, lamentablemente, uno de sus más notables valores culturales. Entre tanto, y tal vez por eso (tal vez), continúan fascinándonos los desechos de la historia, las ruinas, las causas perdidas, los cadáveres de la memoria, las miradas de los dinosaurios.